



## La parva

Nuestro cortijo se encontraba a diez kilómetros de Lucena, lo que representaba unas dos horas de camino. Aunque la mayoría de su terreno estaba dedicada al olivo, siempre teníamos alguna sementera de trigo o cebada, por lo que en los meses de junio y julio nos tocaba sacar la parva en la era.

Las mieses de trigo o cebada se esparcían por la era de forma circular, y el trillo, con sus grandes ruedas dentadas y picudas, iba cortando y triturando todo, a base de vueltas y más vueltas de las bestias, que no sólo tenían que tirar del trillo, sino de sus ocupantes, porque los niños nos pasábamos las horas subidos en aquel insólito carrusel.

Después había que esperar el viento para poder aventar. Si lo había, con los bieltos se podía separar el grano de la paja, a base de tirar hacia arriba la mies mezclada y

esperar a que el viento arrastrara la paja más lejos que el grano, que caía a plomo. La tarea se terminaba con las palas, que estaban fabricadas con maderas nobles, de grandes vetas, y que recogían mejor el grano. Al final se formaba un “pez” de trigo o cebada, que se amontonaba bien para llenar los sacos cosidos y remendados en cada temporada.

Pero el viento podía fallar. Transcurría la tarde, todos mano sobre mano esperando, y a veces no aparecía. Si se hacía de noche, había que dormir en la era para vigilar la cosecha. Tengo ese recuerdo como de los más emocionantes de mi niñez, porque las estrellas parecían bajar hacia nosotros, de tan intensas como se veían. Había que arroparse muy bien, porque el frío de la madrugada te dejaba helado. Cuando despertabas, todos los pájaros del campo cantaban de alegría, y las retamas y matalahúvas desprendían sus mejores perfumes. El que ha vivido un amanecer así, ya no lo olvida.

Recuerdo un día en el que el viento no llegó hasta las nueve de la noche, y lo hizo con tanta intensidad, que en poco tiempo, colaborando hasta los niños, logramos terminar de aventar. Cuando guardamos los sacos, ya eran las once. Volvimos a Lucena de noche y perdimos todos los autocares que podían llevarnos. Entre la oscuridad, atravesando olivares, el poeta soltó su imaginación y nos contó muchas cosas para tenernos entretenidos y que siguiéramos andando entre sombras amenazadoras. Así, todos los olivos tenían su anécdota, y por todos los cerros ocurrían historias, hasta que andando, andando, llegamos a la carretera general, después al paso a nivel, a las

Delicias, y por fin desde el puente de Córdoba comenzamos a oír el cine Tívoli, ya terminando su segunda función, y nos enteramos de que los caballistas habían vuelto a ganar a los indios. Llegamos cansados, pero excitados por la aventura.



El cortijo lo vendimos, arrancaron los olivos y plantaron viñas, y de nuevo olivos. Ahora está caído, en ruinas. Llevo treinta años de no verlo. Hace poco capturé una foto aérea, y a unos metros al noreste de los restos del cortijo, de las higueras y los muros caídos, se adivinaba perfectamente el rectángulo de la era, ya inútil y solitario, y recordé aquellos vientos que no llegaban a tiempo, que no nos dejaban aventar, pero que así nos invitaban a disfrutar de los cielos, tendidos y abrigaditos sobre la parva extendida, y que incluso una noche nos regalaron una aventura nocturna llena de criaturas imaginadas por un poeta.